

35 meditaciones sobre el arte de inventar historias

Ficcionario

RICARDO SILVA ROMERO
HERNÁN SANSONE (ilustraciones)
Lumen, Bogotá, 2017, 247 pp., il.

HAY LIBROS de ficción, hay libros sobre esos libros de ficción escritos por críticos y hay libros sobre la ficción que los escritores de ficción escriben para ofrecer una visión desde el interior del oficio. Entre los últimos sobresalen por su calidad, por el renombre de su autor o porque han hecho escuela, obras como *El arte de la novela*, de Milan Kundera; *Mientras escribo*, de Stephen King, o *Cartas a un joven novelista*, de Mario Vargas Llosa. Algunos abordan el misterio de la invención desde el quehacer propio, otros apenas lo mencionan y prefieren estudiarlo en aquello que han escrito otros. En *Ficcionario*, el escritor Ricardo Silva Romero se vale de su experiencia de lector y de espectador para explicarnos y explicarse los modos y las razones del trabajo que lo ha llevado a escribir, con este, 20 libros, casi uno al año desde que publicó el primero. *Ficcionario* está dividido en 35 capítulos, 35 sentencias —acompañadas de 35 ilustraciones de Hernán Sansone—, que el autor desarrolla para pensar la ficción y responder a una trama interna que hace que cada capítulo provoque el siguiente. Antes de iniciar, en el “Aviso”, nos advierte el autor: “Este es mi libro sobre la ficción y el drama. Es la suma de mis respuestas honestas —las largas, las ciertas— a las preguntas sobre qué es esto a lo que me dedico y por qué hago lo que hago” (p. 13).

Lejos está Silva de reducir la experiencia y las posibilidades de la ficción a la palabra escrita. Ficción hay en la novela y el cuento, claro, pero también en el cine, cómo no, en la canción, en la política, en la identidad, en la vida misma. El capítulo 2 de *Ficcionario* lleva por título “Todas las artes son, a la larga, una sola”. De esa premisa y de una concepción dramática del arte y la vida, declarada en el capítulo 1, se desprende toda su *ars poetica*. No es la

ficción un mero divertimento, insiste Silva, sino un antídoto contra el abuso de la realidad en el día a día:

Ficción significa fingir, inventar.

Cada quien lo hace, por supuesto, a su manera. Se puede parodiar la realidad, documentar la realidad, probar la realidad, articular la realidad, recrear la realidad, poner en escena la realidad, legislar la realidad, calcular la realidad, bajar la realidad, pero algo hay que hacer con lo que se vive —reducirlo a alguna frase o a alguna ecuación, y comunicarlo, para seguir viviendo. (p. 21)

Esclarecido lo anterior, Silva dedica los siguientes capítulos a delimitar la forma de la ficción y para hacerlo se vale de la estructura dramática, denominador común de las múltiples ficciones, cuya estructura en tres actos dota de vida, movimiento y sentido a los acontecimientos narrados.

Puede ser que las cosas pasen porque sí, pero yo me he jugado la vida por el drama. He creído, porque en algo hay que creer, que todo sucede por algo y para algo. Y que cada historia del mundo puede ser contada en tres actos. (p. 15)

Tres actos, principio, mitad y fin, que están unidos por el suspenso y animados por la tensión narrativa. Sintéticos y tensos, precisamente, resultan los títulos del capítulo 4 (“El primer acto es un retrato que se mueve”), el 5 (“El segundo acto es una prueba para los nervios”) y el 6 (“El tercer acto es la reivindicación de lo humano”). En el capítulo 7 se detiene Silva a cuestionar los motivos de las ficciones fracasadas, y del 8 al 12 traza un retrato panorámico de las concepciones con las que el hombre se ha explicado el mundo a través de sus ficciones. En conjunto, estos capítulos conforman una suerte de canon o listado cronológico de lecturas sugeridas, que empieza por los mitos de Occidente y desemboca en el siglo XX, cuando el hombre se ha convertido en un ser que

[...] es su propio Dios y es su propio diablo, que se teme que no lo miran desde el cielo sino desde las ventanas y entre las persianas, que si no se entrega al cinismo y a lo suyo se impone sus propios

principios como quien se escribe su propio drama frente a los otros. (p. 87)

Demarcado el camino de la historia, el autor se da el gusto de detenerse en su tiempo y considerar con más detalle a los personajes y los creadores de ficciones del cine y la canción (Orson Welles, Peter Sellers, Woody Allen, Steven Spielberg, Aaron Sorkin y Paul Simon, por nombrar algunos), de quienes se servirá para encaminar el análisis hacia algunos temas particulares del oficio inventivo: las tensiones, estéticas y mundanas, a las que está sujeto el artista día a día, los vericuetos de la vocación, la posibilidad o imposibilidad de la originalidad y el lugar de la ficción en la esfera cívica.

Resulta estimulante y conmovedora la manera en la que Silva reivindica el poder de la ficción sobre la realidad. El lenguaje de *Ficcionario* elude los tecnicismos y logra una expresión fresca, clara y rica en humor. Sin caer en sentimentalismos, tiende un puente que une la reflexión y el afecto. Una página antes de confesar que se ha jugado la vida por el drama, en el “Aviso”, advierte que su libro “está dedicado a mi esposa porque ella me pidió que lo escribiera” (p. 13). Pues bien, en la última página, y a modo de nota final, nos es dado saber que el autor terminó de escribir el libro el día que su hija cumplió un año y que quince días después murió su padre, a quien se refiere en repetidas ocasiones en el texto. Fiel a su trama y a su visión dramática de la existencia, Silva concluye que *Ficcionario* se trata, en definitiva, de la utilización del drama como “una forma de celebrar la vida y encarar el fin” (p. 247), y que la sensación que le queda, al terminarlo,

[...] es como si me hubiera pasado las últimas semanas de la vida de mi padre preparándome frase por frase y palabra por palabra para no tenerlo a él a la mano ni al otro lado del teléfono, y para darme pie a la esperanza de que la muerte —el fin del tiempo, el fin del drama— sea también una ficción y también sea por algo y para algo. (p. 247)

Santiago Cepeda